

Antonio Bórquez Solar

Bizarrias de Antaño

V

TAN pronto como llegué a Santiago tuve el placer de encontrarme con el poeta González y fuimos casi inseparables. El me buscaba. A donde él quería iba yo con él. En una de estas andanzas me contó que lo habían nombrado jurado en el certamen literario de «La Flecha». Yo me había presentado a tal concurso desde Los Angeles. Lo que sucedió en este certamen con respecto al número de poesía, ya lo he referido en unos «Recuerdos Literarios» que publiqué en *El Ferrocarril*, cuando la muerte de don Antonio Subercaseaux Pérez. Dije entonces:

«El Certamen del 97 fué hecho con la valiosa ayuda del filántropo don Federico Varela. El premio para la mejor colección de poesías era de trescientos pesos. El jurado de la sección poética quedó formado por los señores Guillermo Malta, Pedro A. González y Antonio Subercaseaux Pérez. Se veía, pues, que las antiguas tendencias poéticas y las nuevas estaban bien representadas. Se eligió al señor Subercaseaux P., muy joven, pero lleno de sabiduría y de un admirable equilibrio de temperamento, para conciliar las opiniones en un caso previsto.

Fueron numerosas las colecciones de poesías, 40, las que se presentaron al Certamen Varela. Después de ser examinadas escrupulosamente, fueron selectadas cuatro de ellas. Don Gui-

lermo Matta señaló, desde el primer momento, una que le halagaba el gusto, que estaba muy de acuerdo con su modo de pensar literario. El poeta González no era del mismo parecer; pero no se atrevía a manifestarlo por el gran cariño que tenía a don Guillermo y también por la ingénita timidez de su carácter. El señor Subercaseaux Pérez combatió esa opinión y sostuvo que el premio debía otorgarse en justicia a las diez poesías que firmaba *Gran Galeoto*.

Se hizo de nuevo un estudio de todas las poesías. El poeta Matta confirmó su parecer. El poeta González, que entonces vivía en la casa de un señor Cornejo que era empleado de la de Orates, llevó a su vivienda los cuadernos manuscritos, y ahí me dijo:

—Tengo la misma opinión que don Antonio Subercaseaux P.

Con cierta turbación en la voz le insté a que así lo manifestara delante de los otros jurados.

—Esta colección que quiere premiar don Guillermo—me dijo—me gusta menos que cualquiera de estas tres que él señala para las menciones honrosas; pero... temo contrariarlo.

—Yo en tu lugar—le repuse—me dejaría de leseras y premiaría a *Gran Galeoto*.

—Y tú ¿por qué insistes...?—dijome, mirándome fijamente a pesar del ligero estrabismo de su pupila izquierda.—¡Ni que supiera de quién es el seudónimo...

No pude contenerme más y le confesé que yo era *Gran Galeoto*, y como no quisiera crearme le recité de memoria varias de las poesías y hasta las escribí para que comparara las caligrafías. Entonces, esto era en 1897, recién llegado yo de provincia, nunca había tenido correspondencia epistolar con el queridísimo poeta, tan grande como infortunado.

Convencido González de que yo no lo engañaba, me dijo serenamente, con una firmeza incommovible:

—Tú mismo acabas de decidir la cuestión. *Gran Galeoto* no se llevará el premio porque es amigo mío. Yo no quiero, ni remotamente, ser sospechoso de parcialidad en mis juicios. Votaré con don Guillermo.

Después don Antonio Subercaseaux Pérez presentaba como jurado, separadamente, su informe en contra del de mayoría, y en él elogiaba a Gran Galeoto, le decía también sus defectos y lo estimulaba a cultivar la poesía. Este notable documento literario vió la luz en *La Epoca* de aquellos días.

Obtuvo, pues, el premio por esta circunstancia, en el Certamen Varela de 1896-1897, don Pedro N. Préndez. Yo obtuve una mención honrosa. El día de la distribución de premios, como yo manifestara mi propósito de ir a la fiesta, el mismo poeta González me disuadió de él, me llevó a su casa, me prodigó toda clase de atenciones y yo lo pasé muy alegremente.

Pero, a pesar de todo, declaro que me hizo muy poca gracia el dictamen de González que quiso parecer insospechable y fué injusto e inverecundo por esta sola vez. El premio en dinero me habría servido de mucho en aquellos días en que envidiaba de todo corazón a los lirios del campo que no tejen ni hilan y van vestidos como príncipes y a las avecitas del cielo que ni siembran ni cosechan... ¡Oh buen Jesús!

• • •

Por estos días del fin de Otoño de 1897 llegó a Santiago el joven salvadoreño Arturo Ambrogi, precedido de una gran reputación de escritor, que se la había formado con una revista que publicaba en su país, en la que escribía en una prosa almiarada y empedrada de exolismos, que estaba un poco distante del modernismo sano y fuerte. Ambrogi era un mozo de veintidós años, delgado, no muy alto, sin asomo de bigote, con la cara como una manzana, monda y lironda, blanca y rosada. Era simpático con su mirada fulgurante y bailarina.

Llegó a la capital ya de noche, de la estación Alameda directamente a *La Ley*. Aquí preguntó por Cabrera Guerra a quien conocía epistolariamente. Este lo presentó a los demás redactores. El recién llegado nos dijo que había roto la jaula y había volado a Chile atraído por el prestigio de que disfrutábamos en todo el continente; añadió que no traía más equipaje que su malefín de

mano y por todo capital un duro, y que se ganaría la vida con su pluma. Se rieron de él. Yo lo compadecí en mi corazón. Como él declarara que aún no había comido, Róbinson Bascur Rubio con el gesto de un nabab lo invitó al restaurant Gage y con buenas viandas, espléndidos vinos y mejores cigarros. Probablemente el anfitrión pagó con todo el dinero que llevaba encima. Después observé que estos rasgos de generosidad y de magnificencia eran frecuentes en Bascur, espíritu selecto y talento malogrado.

Cuando obsequiante y obsequiado volvieron de la comida, pensamos en la mejor manera de dar alojamiento al extranjero. Alguien propuso en broma que Ambrogi durmiera sobre las colecciones de diarios en la imprenta. Cuando él se apercibía para hacerlo, yo, como para imitar en algo parecido a aquel santo que se quitó su capa para abrigar a un pobre, le ofrecí mi cama. Nos fuimos cantando al pupilaje y nos dormimos libres de agravio, de recelo, con un *no rompido sueño*. A la mañana siguiente, temprano nos levantamos. El temblaba de frío. Hijo del trópico, el aire fresco de la mañanita de fin de Otoño le hacía castañetear los dientes. Le obsequié entonces uno de mis buenos abrigos, que mi guardarropa lo traía yo bien provisto desde la ciudad provinciana, un flamante macfarlan de cheviot y forro de seda. Por cierto que en ese instante era yo más espléndido que Pérez Rosales al regalar unos pantalones de ante a aquel pobre que fué después el multimillonario Cousiño.

Ambrogi comenzó luego una vida activa de visitas a nuestros grandes hombres, poetas, escultores, pintores, políticos. Se hizo de buenas relaciones. En un salón aristocrático, que no creo prudente nombrar, dieron una velada literaria en su honor, entre los íntimos, y le obsequiaron una medalla dorada con una leyenda. Esa medalla me la dió: «porque no siendo de oro macizo no la cambiarían por mucho dinero y no salvaría de ningún apuro económico a su poseedor». Era original el salvadoreño, y muy ingrato.

Seguía yo colaborando, gratuitamente por cierto, en la *Revista Cómica*. Una vez publiqué una poesía que titulé *Noela* y ésta

tuvo también la suerte de ser muy comentada. Como no está incluida en ninguno de mis libros líricos publicados, aquí la doy para no olvidarla:

NOELA

Hija de la niebla
que sube del lago dormido y los éteres puebla.
La sílfide loca
si ríe o si llora la risa o el llanto provoca.
Patina en los hielos;
los crotalos bate rimando del Austro los vuelos.
Derrocha en su marcha
sus regios brillantes y perlas por sobre la escarcha.
Si la luna riela
arranca la triste salmodia a su ronca vihuela,
sentada en la playa
adonde temblando y gimiendo la ola desmaya,
deshecha en burbujas,
y rien con loca algazara las turbas de brujas.
La virgen Noela
me dió su muy triste y muy ronca y muy vieja vihuela.
Ella es mi tesoro,
la sílfide loca que reina en mis Islas de Oro...

•••

Ricardo Fernández Montalva, lo recuerdo muy bien, que fué mi amigo decidido desde el primer día que me conoció, se irritaba grandemente cuando alguno de tantos HABLABA CON SORNA DE MI *Noela*.

— ¡Eso es fantasía y poesía! — gritaba — ¿Por qué ha de ser decadente? ¿No están viendo que es una combinación de hexasílabos?... Porque no conocen la palabra *crotalos*. Bueno; eso les ocurre a todos los ignorantes de la lengua!

...Estoy viendo al poeta Fernández Montalva, segado en flor

de virilidad. Era no muy alto, pálido, con gafas, gran mostacho a la borgoñona. Tenía un aire tribunicio a la menor exaltación y declamaba sus versos con acento de inspirado. Fuimos noctámbulos, a las veces, por dialogar sobre los temas que más amábamos. Hasta nos retratamos juntos -una vez. Fué un verdadero poeta de inspiración, hondamente sentimental y conmovedor. Balmaceda, que no se fijaba sino en el talento, en la aristocracia mental, le hizo secretario de la Legación de Chile en París. Honor efímero para el poeta que cayó con la revolución nefasta.

Cuando me presentaron a Ricardo Fernández Moltalva y oí su palabra sobria y autoritaria, no sé por qué vi en él a un militarote a la antigua usanza. Dos días después, oyendo de nuevo la voz que se aterciopelaba en la confianza, y que se hacía temblorosa y dulce en la confidencia, vi su alma de bondad que, como tantas otras, trataba de esconderse en la dureza de un caparazón, para no sufrir el roce de los gruesos y ásperos espíritus vulgares.

Murió, muy temprano ciertamente, porque quiso morir y se llevó lo mejor de su tesoro apolíneo. Sus amigos lo querían; su partido político se enorgullecía de él; todos esperaban la madurez de su talento; pero por buscar en los paraísos artificiales el olvido de la ordinariez del vivir cotidiano, porque era un *inadaptable* se refugió en los brazos de la Liberadora y, jovialmente, con una risa mefistofélica partió como un dardo en el azul.

* * *

En la Primavera de 1897 se publicó «Cuentos de Alcoba», de Angel C. Espejo. Saludé con una loa, en la *Revista Cómica*, el libro recién aparecido. Y como poco después en *La Libertad Electoral* fueran impugnados estos Cuentos y se hablara de decadencia, salí de nuevo a la palestra: publiqué en *La Ley* estas líneas:

«¿ÉPOCA DE DECADENCIA?»

«En vano unos pocos han dado el falso grito, que resuena

lúgubremente, hace ya más de una década, en el agosto templo del Arte, bajo sus bóvedas solemnes y graníticas: ¡Los dioses se van!

Falso grito de alarma; los dioses no se van. No pueden irse, mientras haya en el ara un sacerdote que ofrende, en el ábside una llama sacra y en los plintos y frontones del coro choque el trueno de las armonías rituales.

Porque, dígase lo que se quiera, pocas épocas como la presente pueden encontrarse, en la larguísima sucesión de los siglos, que aquejadas por interno y profundo malestar, hayan sido más laboriosas, más infatigables en su culto por el arte; que hayan dedicado tantas energías, individuales y colectivas, siempre anhelantes, con la vista fija clavada en el lejano horizonte en busca de las cúpulas de oro de la Ciudad Ideal, con tanta confianza en el porvenir que se vislumbra hermosamente, magnífico, como un astro de irradiaciones argentinas y perennes.

Y que nosotros llegaremos no hay que dudarlo, aunque proclamen, de mala o buena fe, la afirmación contraria los que lo ven todo negro porque tienen el alma casi asfixiada ya en la enrarecida atmósfera del más crudo de los excepticismos.

No hay que creer que al morir Hugo un sol se hizo pedazos y que la obra de los nuevos está concretándose a reuir esas trizas. Hoy por hoy todos los laboradores están empeñados en fabricar nueva obra con elementos propios, o en preparar el camino, como el Bautista, para el que ha de venir. De aquí por qué el afirmar que es ésta época de decadencia para el arte, es un error. Con esa afirmación se incurre en la más triste y lamentable de las negaciones. Sé yo de los antiguos siglos en verdad decadentes para las letras, que muchos son en la historia, y los comparo con el presente al cual se le ha apellidado del mismo modo, y no encuentro razón la que menor que justifique el mote; porque si bien es cierto que no es este siglo brillantísimo como los siglos de oro de las literaturas, que dieron monumentos que vivirán eternamente, porque llevan el sello divino de la inmortalidad,—no es menos verdadero que no se nota en la moderna producción intelectual ese debilita-

miento de fuerzas, esa clorosis de las literaturas para las cuales, después de haber cumplido una misión augusta y civilizadora, ha sonado en el reloj del tiempo la hora del reposo.

No se comprende cómo puede negarse este movimiento artístico que recorre a Europa del uno al otro extremo, que hace palpar todos los pueblos, que ha despertado al cóndor de la América joven para ensayar sus alas en el ritmo supremo del vuelo, en el corazón de sus bosques virginales o en la cima de sus florecimientos de ciudades, y cuyas manifestaciones pueblan las esferas de la poesía, de la música y de las artes plásticas.

¿Acaso no se quiere ver ni se quiere oír? Y el que tenga oídos, oiga, dice el Evangelio.

Se proclama la decadencia en nombre del buen gusto académico ultrajado, de los fueros de la Academia no respetados, de la estética de la Academia desatendida, en nombre del estagirita y del venusino, de Boileau y de todas las tradiciones, como si sólo la Academia poseyera el verdadero buen gusto, como si no fueran baladíes los tales fueros de la Academia, como si ésta fuese el sacralísimo tabernáculo de la Estética y no una raposa carcelera de la que es en verdad; la Academia que enseña una estética falsa, amanerada, cursi y convencionalista; como si Aristóteles, Homero y Boileau fueran legisladores infalibles, como si por sobre todo ese fárrago académico no estuviese allá en la altura la estrella de los tres reyes de Oriente, señalando el sendero a todos los escogidos y a todos los privilegiados.

He aquí el secreto: época de decadencia porque los espíritus no quieren someterse a la tutela; porque no se encuadran las producciones artísticas en los viejos moldes agujereados por el uso de cien generaciones; porque se proclama la independencia en el arte; porque se obedece a nuevas tendencias y se siguen nuevos rumbos en concordancia con las aspiraciones y exigencias del progreso que se desentiende de los fósiles y sigue su gran marcha de triunfo; porque el artista pone más de relieve su personalidad, mira con sus propios ojos y es más sincero

en la expresión de sus ideas, de sus emociones, sin tomar muy a lo serio una preceptiva casi de todo punto ilógica.

¡Cómo si todas las grandes épocas artísticas no hubiesen sido épocas de libertad, desde los tiempos gloriosos de la Grecia hasta los del renacimiento italiano, desde los de Francia de la edad media hasta los de la España moderna! ¡Cómo si el Arte de todos los pueblos, indios, egipcios, asirios, completamente inútil, etc., no hubiera sido más grande y más espontáneo porque no lo sujetaban cadenas!

Hay que tener en cuenta que la edad de las Iliadas y Éneidas ha pasado y que el artífice ha de hacer su obra al gusto de los tiempos en que vive y no según el gusto de los que fueron. Ya hoy no se piensa, no debe pensarse, ni se viste, como ha miles de años atrás.

Y es lástima que tantos esfuerzos haya gastado el espíritu antiguo para susligar, para execrar el espíritu nuevo, a la nueva literatura tan robusta y grande, con fuerzas propias para vivir y con ideales bien definidos; porque todo será inútil. Ya veremos cómo ella ha de triunfar a despecho de todas las iras del clásico titán enfermo de muerte; ya veremos cómo ella ha de triunfar, la que cuenta con arquitectos sabios y fuertes llegados de los cuatro puntos cardinales, por cuyas venas hierve sangre rica y por cuya frente pasan ráfagas de relámpagos sagrados: Verlaine, Mallarmé, Ibsen, etc.

Señores de la Academia, no neguéis que obráis muy injustamente, que no tenéis razón.

¿Que se engolfan en sutilezas metafísicas y en nebulosidades psicológicas; que triturán el idioma como un potro; que son laberínticos a fuer de ser originales, que son neuróticos y extravagantes y degenerados? Ya, ya, agotad los epítetos. Vosotros querriais que cortaran las alas del ave que aletea en sus cerebros, que pensaran como pensaron nuestros ilustres antecesores, los venerables señores gorilas, que se aprendieran de memoria vuestra jerga de frases hechas, vuestros amaneramientos, y que hicieran figulinas de yeso y no mármoles inmortales; que redujeran el idioma que progresa y se enriquece día a día con nue-

vos giros y nuevas dicciones que interpretan y traducen mejor las ideas, a momia de sarcófago envuelta en fajas.

En cuanto a vosotros que calificáis de *decadente* a todo artista, porque no sabéis el significado de un vocablo o no adivináis la intención en una línea, ni comprendéis un símbolo; en verdad os digo que para vosotros no se ha hecho el reino de los cielos, porque vosotros sois capaces de llamar decadentes a Cervantes y a Hugo.

En conclusión, no se puede llamar a ésta, época de decadencia para el Arte, ya que la ontología clásica ha cedido su lugar al hombre que no se preocupa de realizar la belleza eterna e inmutable de Platón; ya que la obra artística actual manifiesta el carácter y la impresionabilidad de su autor. El Arte convencional, que es la negación del Arte, ha muerto.

Vive y triunfa el Arte personal. Y ya llegará el Mesías más grande y poderoso que los Homeros y los Dantes, espíritu profundamente sintético, todo luz y todo verdad...